

Los esenciales: LA DESHEREDADA

Cambio de rumbo

En 1881, tras un año sin publicar, Galdós saca a la luz *La desheredada*, novela por entregas semanales bajo suscripción previa, que abre el ciclo de las conocidas como “novelas contemporáneas” del autor.

Galdós ha cambiado su rumbo narrativo; en carta a Giner de los Ríos afirma que esta obra es lo mejor que ha hecho hasta ese momento (para entonces ya llevaba escritas las dos primeras series de los episodios nacionales, además de varias novelas y narraciones breves), por eso le sorprende un tanto la frialdad con que la acoge gran parte de la crítica.

Lo extraño, en realidad, hubiera sido que hubiera encontrado una buena aceptación entre la crítica más tradicional, que no podía valorar favorablemente estas nuevas maneras inspiradas en el naturalismo de Zola, al que tachaba de inmoral y de recrearse en la descripción de los aspectos más sórdidos de la sociedad. En cambio, fueron los escritores más jóvenes (Pardo Bazán y Clarín, entre los más destacados) los que, en cuanto se publicó *La desheredada*, elogiaron vehementemente el acercamiento de Galdós a esas innovaciones procedentes de Francia que traían aire fresco a la novela española.

Un cambio de orientación, pues, en la novelística de Pérez Galdós..., *ma non troppo*. El escritor incorpora las técnicas del naturalismo, pero adaptándolas a su propia personalidad literaria y creando un “naturalismo galdosiano” que se distancia del determinismo y el pesimismo de Zola e integra como señas de identidad características la ironía, el humor y la piedad con sus personajes.

Los preliminares: el título y la dedicatoria

A menudo el primer contacto del lector con un libro es su título, de ahí la importancia de su elección. Galdós, que suele recurrir a los nombres de los protagonistas para dar título a sus novelas, opta en esta ocasión por un sustantivo contundente, la desheredada, que nos enfrenta con la condición que va a marcar el destino de la protagonista. Todavía desconocemos cómo se llama, pero ya sabemos que la obra va a girar en torno al drama de una mujer despojada de su herencia.

La dedicatoria a los maestros nos da otra clave de lo que el lector va a encontrar en la obra: el retrato de unas “dolencias sociales” y la convicción del autor de la necesidad de la educación como medicina imprescindible para curar los males que aquejan a la sociedad española.

“Saliendo a relucir aquí, sin saber cómo ni por qué, algunas dolencias sociales, nacidas de la falta de nutrición y del poco uso que se viene haciendo de los benéficos reconstituyentes llamados Aritmética, Lógica, Moral y Sentido Común, convendría dedicar estas páginas... ¿a quién?, ¿al infeliz paciente, a los curanderos y droguistas que, llamándose filósofos y políticos, le recetan uno y otro día?... No; las dedico a los que son o deben ser sus verdaderos médicos: a los maestros de escuela”.

El comienzo de una novela y el final de otra

Y cuando el lector se dispone a empezar a leer la historia de Isidora, se encuentra con un primer capítulo de título algo desconcertante: “Final de otra novela”, ambientada en el manicomio de Leganés.

La minuciosa descripción de los desvaríos de los locos y de las condiciones degradantes del lugar dan pie a Galdós para hacer una crítica de las condiciones en que allí viven los internos y una reflexión sobre la delgada línea que separa la locura de la cordura.

El desenlace de esta hipotética novela a punto de terminar se corresponde con el fallecimiento de uno de los pacientes con delirios de grandeza y poder: Tomás Rufete, padre de Isidora, la protagonista.

Isidora entra en conversación con Canencia (un bondadoso anciano que ha encontrado en el despacho del director del manicomio mientras espera poder visitar a su padre) al que le cuenta sus desgracias: la muerte de su madre, el internamiento de su padre en el manicomio y la posterior separación de su hermano pequeño, que se quedó con una tía en Madrid mientras ella se iba a vivir con su tío el canónigo en Tomelloso.

La comprensión del anciano invita a la confesión e Isidora parece dispuesta a sincerarse:

“Y todo cuanto he padecido ha sido injusto [...]. Quiero decir que a mí no me correspondía compartir las penas y la miseria de Tomás Rufete, porque, aunque le llamo mi padre, y a su mujer mi madre, es porque me criaron, y no porque yo sea verdaderamente su hija. Yo soy...”.

[Canencia acaba la frase]

“Sí, entiendo, entiendo. Usted por su nacimiento pertenece a otra clase más elevada; solo que circunstancias largas de referir la hicieron descender...”.

Con esto Galdós ya nos ha puesto en antecedentes del asunto de la novela: una muchacha, cuyo ambicioso padre ha terminado recluido en un manicomio creyendo estar destinado a más altas instancias en el poder, está persuadida de que su lugar en el mundo no es el que ocupa porque ella descende de familia de más alcurnia.

El autor se servirá de la figura del loco cuerdo (porque el viejo Canencia resulta ser otro de esos locos que alternan la sensatez con los desvaríos) para advertir de los peligros de ese afán de encumbramiento.

“–Hija mía –dijo el anciano con vivacidad–, una de las enfermedades del alma que más individuos trae a estas casas es la ambición, el afán de engrandecimiento, la envidia que los bajos tienen de los altos, y eso de querer subir atropellando a los que están arriba, no por la escalera del mérito y del trabajo, sino por la escala suelta de la intriga, o de la violencia, como si dijéramos, empujando, empujando...”.

Este primer capítulo, a modo de introducción, ha servido, pues, de en-

garce entre la novela que termina, la historia de Tomás Rufete, y la novela que empieza, la de Isidora.

Las pretensiones de Isidora

Isidora llega a Madrid convencida de que pronto será reconocida su verdadera identidad como nieta de la marquesa de Aransis y podrá disfrutar de todos los privilegios y riquezas que su origen noble conlleva.

La joven tenía una imaginación muy viva, capaz de fantasear con todo lujo de detalles sobre cómo sucederían las cosas todavía por venir; sin embargo, dada su poca experiencia vital y su escasa educación, anticipaba los hechos de acuerdo a sus lecturas, que no eran otras que novelas sentimentales y folletinescas, donde los hechos novelados no tenían mucho que ver con la realidad.

“Los libros están llenos de casos semejantes. ¡Yo he leído mi propia historia tantas veces...! Y ¿qué cosa hay más linda que cuando nos pintan una joven pobrecita, muy pobrecita, [...] en cierto día, se para una gran carretela en la puerta y sube una gran señora marquesa muy guapa, y va la joven y hablan y se explican, y lloran mucho las dos, viniendo a resultar que la muchacha es hija de la marquesa”.

Ya tenemos la base de lo que podría haber sido en manos de otro autor un buen folletín con personajes arquetípicos: honrados y corruptos, pobres y ricos, víctimas y villanos... Pero Galdós es autor que no renuncia a nada de lo aprendido: puede introducir innovadoras técnicas naturalistas al lado de los manidos mimbres de las novelas sentimentales para parodiarlos, acudir a los clásicos eligiendo a una protagonista de resonancias cervantinas cuyas lecturas le han llevado a confundir ficción y realidad... y con todo ello y mucho más crear una novela que refleja la sociedad del Madrid de su época y en la que cobra más interés que la propia trama la variedad de personajes y su caracterización.

Que los sueños sueños son

Tras el inicial encuentro (más bien encontronazo) con su tía la Sanguijuelera, que se ha reído y burlado de las ínfulas nobiliarias de su sobrina hasta

acabar por echarla a golpes de su casa, Isidora inicia su vida en la capital en casa de su padrino D. José de Relimpio. O, mejor dicho, vive sus dos existencias, pues su fantasía seguía dedicándose, en palabras del narrador, al “enfermizo trabajo de la fabricación mental de su segunda vida”, la de Isidora de Aransis (la única real para ella, aunque ficticia para los demás), mucho más intensa y fascinante que la de Isidora Rufete.

Poco a poco va perfilando Galdós el retrato de la protagonista: su deslumbramiento ante el lujo de la “gente fina”, su afán caprichoso de adquirir objetos bellos y superfluos, su obsesión por el buen calzado y los vestidos como seña de distinción, su buen gusto innato y su belleza, su orgullo, su conciencia de superioridad ante las costumbres y gustos del pueblo –a los que califica de ordinarios y groseros–, su generosidad, su poco sentido práctico que la lleva al derroche de sus escasos capitales...

Isidora, recomendada por su tío el Canónigo, entra en contacto con Joaquín Pez (marqués viudo de Saldeoro), galán que, vista la belleza de la joven, aspira a convertirla en una de sus conquistas, mientras ella en sus ensoñaciones ya se imagina casada con él.

Isidora consigue entrevistarse con la marquesa de Aransis, pero nada sucede como había imaginado y el desengaño sufrido al no ser reconocida como su heredera la llevará, despechada, a modificar su comportamiento. Durante la segunda parte de la novela, mientras continúa el pleito por su herencia ante los tribunales, sufrirá una lenta pero progresiva degradación que la llevará de amante en amante hasta acabar en el mundo de la prostitución.

El trasfondo histórico y social

Para acercarse al entendimiento de la “historia integral” (en palabras de Galdós), los grandes hechos de la historia había que ponerlos en estrecha relación con los hechos menudos. Por supuesto esa práctica también está presente en *La desheredada*, obra que transcurre entre 1872 y 1876.

Solo destacaremos un dato (de los muchos que hay en la novela) que servirá para ilustrar la correspondencia entre ambos planos, el de los grandes hechos de la historia y el de las pequeñas historias particulares: el paralelismo que se establece al final de la primera parte al hacer coincidir en el mismo día

la abdicación al trono de Amadeo de Saboya y el “destronamiento” de las ilusiones de Isidora tras ser rechazada por la marquesa de Aransis.

“Y como la humana soberbia afecta desdeñar lo que no puede obtener, en su interior hizo un gesto de desprecio a todo el pasado de ilusiones despedazadas y muertas. Ella también despreciaba una corona. También ella era una reina que se iba”.

Revisión crítica de un país

Un país en el que el triunfo en la sociedad ya no está determinado por el mérito y el trabajo, sino por la riqueza o la mera apariencia de poseerla. Y en *La desheredada* todos, convencidos de que tienen derecho a ello, aspiran a la riqueza, al ascenso social y al reconocimiento público. Dice Augusto Miquis:

“Aquí, en días de fiesta, verás a todas las clases sociales. Vienen a observarse, a medirse y a ver las respectivas distancias que hay entre cada una, para asaltarse. El caso es subir al escalón inmediato. Verás muchas familias elegantes que no tienen qué comer. Verás gente dominguera que es la fina crema de la cursilería, reventando por parecer otra cosa. Verás también despreocupados que visten con seis modas de atraso. Verás hasta las patronas de huéspedes disfrazadas de personas, y las costureras queriendo pasar por señoritas. Todos se codean y se toleran todos, porque reina la igualdad. No hay ya envidia de nombres ilustres, sino de comodidades. Como cada cual tiene ganas rabiosas de alcanzar una posición superior, principia por aparentarla”.

Unos (las sagas de los Peces y los Pájaros) son políticos o funcionarios corruptos que se aprovechan del erario del Estado. Otros, como Melchor de Relimpio, engañan al incauto y codicioso prójimo por medio de toda clase de estafas. Los hay, como Gáitica, que hacen su pequeña fortuna “en infames juegos de azar” y alguno, como Mariano Rufete, alias Pecado, que no puede conseguir esa riqueza aspira al menos a hacerse famoso, lo que se evidencia en esa frase “quiero que se hable de mí” que lo conduce a intentar un regicidio y a acabar ejecutado.

Una de las imprescindibles reformas sociales que había que abordar, a jui-

cio de Galdós, era la de la educación. Así describe, con la ironía que le caracteriza, la importancia que, en realidad, tenía el asunto entre los próceres en el siguiente fragmento (que alude al revuelo posterior a la muerte del pilluelo Zarapicos a manos de un todavía niño Pecado):

“Por último, se declaró con unanimidad muy satisfactoria que era preciso hacer algo, ¡algo, sí!, y consagrar muchos ratos y no pocas pesetas a la curación del cuerpo social. Como la prensa alarmada acalorase el asunto en los días sucesivos, se formaron juntas, se nombraron comisiones, las cuales a su vez parieron diversas especies de sub-comisiones; y hubo discursos seguidos de aplausos... y se lucieron los oradores [...].

Tanta actividad, tanta charla, tanto proyecto de escuelas, de penitenciarías, de sistemas teóricos, prácticos, mixtos, sencillos y complejos, celulares y panoscópicos, docentes y correccionales, fueron cayendo en el olvido, como los juguetes del niño, abandonados y rotos ante la ilusión [...]. El juguete nuevo de aquellos días fue un proyecto urbano más práctico y además esencialmente lucrativo. Ocupáronse de él juntas y comisiones, las cuales trabajaron tan bien y con tanto espíritu de realidad, que al poco tiempo se alzó grandiosa, provocativamente bella y monumental, toda roja y feroz, la nueva Plaza de Toros”.

Renovación formal

Galdós, como se ha señalado en capítulos anteriores, experimentó de forma muy novedosa con la combinación de todo un repertorio de procedimientos narrativos y de géneros en una misma novela. Los siguientes ejemplos pueden servir como un breve apunte de dichas innovaciones en *La desheredada*:

Ciertamente, utiliza la voz de un narrador omnisciente, pero con la libertad de entrometerse en la historia, cuando bien le parece, con sus comentarios dirigidos al lector (“De lo demás, algo sabe el lector, y el resto, que es mucho y bueno, irá saliendo”), aunque, con la ambigüedad habitual en Galdós, en realidad no parece ser tan omnisciente ya que debe recurrir a Augusto Miquis, uno de los personajes de la novela, a fin de que le proporcione la información necesaria para continuarla.

Un narrador, pues, que interpela al lector, pero también a sus personajes (“Isidorita Rufete, ¿conoces tú el equilibrio de sentimientos, el ritmo suave de un vivir templado, deslizándose entre las realidades comunes de la vida, las ocupaciones y los intereses? ¿Conoces?”), aunque justo a continuación introduce nuevamente el recurso de la ambigüedad que le caracteriza (¿era el narrador o la propia Isidora quien hablaba?), para añadir: “Voz de la conciencia de Isidora o interrogatorio indiscreto del autor, lo escrito vale”.

Un autor que combina géneros diversos dentro de la obra, donde con el género novelístico se entrecruzan las escenas de teatro –con las acotaciones y los apartes correspondientes–; el sermón, propio de la oratoria religiosa, en el capítulo dedicado a los Peces; el género epistolar o el de la gacetilla periódica o... Imposible abarcar en breve espacio todos los recursos de que se vale Galdós en su afán de renovación.

Sobre todo, los personajes

Dos rasgos definitorios –tal vez los decisivos para muchos de sus críticos– de la maestría que alcanzará Galdós en las novelas de esta su “segunda manera de contar” es la caracterización en profundidad de sus personajes y la habilidad conseguida en el “difícil arte de hacer hablar a cada cual como debe”, en palabras de Clarín.

Larga es la nómina de personajes que pueblan las páginas de *La desheredada* como personajes secundarios y es evidente que el autor no podía detenerse en su caracterización pormenorizada, pero sí consigue darles a muchos de ellos la entidad suficiente para que dejemos de verlos como personajes menores y se conviertan en parte imprescindible del entramado de la obra: Mariano Rufete, alias Pecado; D. José de Relimpio; Augusto Miquis; Encarnación la Sanguijuelera; la marquesa de Aransis; Joaquinito Pez; Juan Bou y Gaitica son algunos de los más relevantes.

Para individualizar a sus personajes y alejarlos de los personajes-tipo, sean protagonistas o secundarios, recurrirá a cuantas técnicas tiene a su alcance (connotaciones en los nombres elegidos para ellos, tics característicos de su personalidad, muletillas que los acompañan, caricaturización y un largo etcétera).

Son retratados como personas reales que cambian y evolucionan según las vicisitudes que les va deparando el entorno y las relaciones con los demás, lo que los hace más creíbles.

Muestra de ello es la transformación sufrida por Isidora desde la ingenuidad inicial de sus creencias hasta la devastación que supone para ella saber finalmente que ha sido víctima de un engaño perpetrado por su padre con unos papeles falsificados y alimentado por la credulidad ante esas patrañas del cerebro trastocado de su tío el Canónigo, del que, ya bastante avanzada la novela, conocemos sus apellidos (con los que el lector establece rápidamente las inevitables asociaciones): D. Santiago Quijano-Quijada.

Hemos mencionado con anterioridad la obsesión de Isidora por la indumentaria y el calzado, a la descripción de cuyos pormenores se han dedicado muchas páginas de la novela. Veamos ahora el pasaje en que Emilia Relimpio, su prima, define el declive de Isidora en relación con su atavío:

“Desde la primera vez que vino en esta temporada, hasta ahora, ha variado tanto... Y parece que va descendiendo, que cada día baja un escaloncito. La primera vez parecía una gran señora: traía un vestido de gro negro y un sombrero que ya, ya... Poco después venía vestida de merino y con mantilla, algo desmejorada la cara. A la semana siguiente me pareció que su traje tenía algunas manchas, y sus botas algunos agujeros.

Por fin, el lunes de la semana pasada vino muy pálida y quejándose del pecho... Ayer, señor doctor, vino con pañuelo a la cabeza, con bata de percal, zapatillas...”.

La adecuación del lenguaje a los personajes y sus circunstancias es otro de los recursos utilizados con gran destreza por Galdós. Solo uno de tantos ejemplos son los registros expresivos tan distintos de la protagonista: un habla cuidada mientras mantiene las ilusiones de su origen noble –incluso se había comprado un diccionario para mejorar su léxico– y el habla canallesca de sus últimos tiempos:

“Te diré... Yo misma conozco que soy otra, porque cuando perdí la idea que me hacía ser señora, me dio tal rabia, que dije: «Ya no necesito para nada la dignidad, ni la vergüenza». ¿Tú te enteras?... Por una idea se hace una persona decente, y por otra roía idea se encana-

lla. Pero no creas, todavía hay algo en mí que no perderé nunca, algo de nobleza, aunque me esté mal el decirlo... Mira tú, chavó, qué quieres..., el aire hace a la persona. He vivido tres meses entre perros de presa. No te asombres de que muerda alguna vez...”.

¿Es o no es?

Así titula el narrador uno de los últimos capítulos de la novela, donde se descubre la farsa de que ha sido víctima la protagonista, para poco después ceder la voz a Isidora, que se pregunta en primera persona: “¿Soy o no soy?”. Y ante la gran tragedia de haber construido toda su conciencia en torno a una falsa creencia, Isidora renuncia a su identidad:

“Así es el mundo: unos se quedan y otros se van. Yo me fui, ¿te enteras? [se dirige a Miquis]. Yo me he muerto. Aquella Isidora ya no existe más que en tu imaginación. Esta que ves, ya no conserva de aquella ni siquiera el nombre”.

Y si ya no es quien creía ser, ya no es nadie.

“Me aborrezco; quiero concluir, ser anónima, llamarme con el nombre que se me antoje, no dar cuenta a nadie de mis acciones. [...] De cordera, me he vuelto loba. Ya no soy noble, Sr. D. José; ya no soy noble”.

Colofón

La novela ya ha terminado, pero la historia de Isidora no. A Galdós le cuesta desprenderse de sus personajes y, aunque sea de manera fugaz, suele convertirlos en personajes recurrentes en alguna otra de sus obras.

Isidora reaparece brevemente en una escena de la novela *Torquemada en la hoguera* (1889): ahora es una mujer que ha encontrado el amor con un pintor enfermo con el que convive en la miseria, pero feliz.

Una prueba más de la querencia del autor por sus personajes.